

# LA POLITICA EXTERIOR DE LA U. R. S. S. (1962-1965)

SEGUNDO SEMESTRE 1965

## I

### *Situación internacional*

(Postura soviética)

También en la segunda mitad del año 1965, la Unión Soviética procede con bastante cautela en el plano internacional, sin renunciar a ninguno de sus propósitos tradicionales de hacer valer su fuerza ante los demás pueblos. Desde el punto de vista puramente teórico podría decirse con toda tranquilidad que el Kremlin había contribuido al mejoramiento de las relaciones entre su bloque y los Estados occidentales, sobre todo desde la firma del ya tantas veces mencionado Tratado de Moscú relativo a la suspensión parcial de pruebas nucleares... No sería sino la puesta en práctica de la llamada coexistencia pacífica, siempre favorable al Gobierno soviético. Sin embargo, teniendo muy presente la situación en los Estados y países «amigos», especialmente ciertos movimientos «independistas» reivindicando más libertad de movimiento hacia el exterior capitalista conforme al dinamismo y a la táctica de la REVOLUCION socialista, Moscú sigue reservándose el derecho de autoridad suprema no solamente en el mundo «socialista», sino también, y cada vez más, frente al exterior «capitalista» y «neutralista». Eso quiere decir que no renuncia prácticamente a nada, no se compromete para con nada, tampoco presenta iniciativas que pudieran interpretarse como un nuevo instrumento de «buena voluntad». Es éste el momento en que la línea clásica de la eterna flexibilidad de las intenciones políticas ruso-soviéticas en las relaciones internacionales se vislumbra en toda su amplitud devastadora.

Examinando las fuentes oficiales y comparándolas con la política práctica del Kremlin <sup>1</sup>, no se nos escapa el hecho de que los soviets están preocupados seriamente por el peligro que para ellos y el movimiento internacional comunista pudiera significar una ampliación de relaciones políticas, comerciales, culturales y hasta deportivas entre sus aliados y las principales potencias occidentales. Porque también en este caso la dirección correspondería a la U. R. S. S. y los demás países socialistas deberían encargarse sólo de los asuntos que se les hubieran adscrito previamente.

Esta es la razón de por qué los soviets no cesan en advertir a sus aliados que la naturaleza de la «diplomacia socialista» es la misma que la de la soviética. Se insiste en la «unidad» de criterios, planteamientos, realizaciones y proyecciones; ello, porque la «diplomacia socialista» se basa en la «soberanía e igualdad de derechos» de los Estados en cuestión. A diferencia de la diplomacia practicada por Estados «imperialistas», no hay lugar para amenazas, ultimátums, intrigas u otras maneras de proceder en la política internacional... Este argumento es lo suficientemente ambiguo para comprender que el Kremlin «pretende no caer en los errores del pasado», errores que se atribuyen, en una u otra forma, a la época de la política exterior soviética staliniana. Expliquémonos: han de variar las formas, tan sólo las formas, nunca el contenido de la diplomacia socialista. Este corresponde al Comité Central del PCUS. Su determinación y delimitación, igual que su exteriorización político-económica, es asunto demasiado «complicado» y sólo el «primer país socialista es capaz de encauzarlo hacia el camino del auténtico socialismo». La U. R. S. S. reconoce ya públicamente la existencia del policentrismo comunista, desde el punto de vista formal, pero insiste en la conservación del monolitismo desde el punto de vista material. Con esa argumentación se persigue, sin escrúpulos, la unidad del socialismo mundial, incluyendo el parlamentario-conventional de los Estados occidentales. La táctica es inadvertida pero bien localizable...

Cuando los comunistas chinos acusan al Kremlin de un «complot soviético-americano» contra la «pureza marxista y leninista» de los ideólogos de Pekín, sus argumentaciones son, al menos, tan vulnerables como las de los soviets, polacos, checos o búlgaros contra los chinos. Para Moscú, el «mundo capitalista e imperialista, acaudillado por los Estados Unidos», era, es y

---

<sup>1</sup> Por ej., la conocida revista *Meshdunarodnaya shizn*.

será el principal enemigo del socialismo mundial. Sólo que los chinos pretenden probar lo contrario, proporcionando un material inagotable a la disputa chino-soviética respecto al movimiento internacional revolucionario en cuanto a sus formas de lucha contra el Occidente. Si recurrimos a la argumentación chino-comunista, ¿por qué—entonces—los soviets rechazan categóricamente los servicios occidentales para «crear puentes entre la Europa Oriental y Occidental y, por tanto, entre capitalismo y comunismo»? Lo cierto es que tanto Moscú como Pekín prosiguen el mismo camino ideológico (excepto la forma de «trazarlo»), aunque difieran políticamente. Lo interesante en el caso de enfocar los soviets la situación internacional es la implícita acusación dirigida contra el Occidente, y especialmente contra los Estados Unidos, de que la escisión dentro del movimiento internacional comunista es obra de las fuerzas «capitalistas e imperialistas». Mientras tanto, y nos atrevimos a afirmarlo, dicha escisión es un producto lógico de la naturaleza del marxismo-leninismo, sólo que el «culpable» tiene que estar fuera del mismo para que su pureza no sufra deterioraciones demasiado graves. Pero admitimos, al mismo tiempo, que también la «ideología burguesa», según se expresan todos los marxistas, ha influido, aunque tardíamente, en el proceso de «policentrización» del mundo comunista-socialista.

Los soviets afirman que las nuevas tácticas de las potencias occidentales no se distinguen de las tácticas ideológicas aplicadas hasta ahora contra los países socialistas. Las nuevas tendencias ideológicas propugnadas por Norteamérica y otros países occidentales serían más refinadas y enmascaradas, lo cual significa que las maniobras actuales de la diplomacia imperialista están llevadas a cabo con atractivos *slogans* de «mejorar» las relaciones con los países del bando socialista, incluso en el campo económico. Por consiguiente, insisten los soviéticos, cuando los gobiernos socialistas mantienen relaciones con el Oeste deben tratar de «prescindir de diversas especies de maquinaciones que abundan en la diplomacia burguesa». Aún más significativa es la exigencia de que «los Estados socialistas no deben hacer nada con el fin de aprovecharse de sus relaciones con los países capitalistas a costa de sus países hermanos». Porque los intereses de todos los gobiernos socialistas exigirían que la posición internacional de cada uno de ellos fuera consolidada y su autoridad internacional aumentase sin cesar... Eso es: si por un lado cada gobierno socialista debe estar en guardia contra las intrigas imperialistas, por otro tiene la obligación de preocuparse en sus relaciones con el Occi-

dente por salvaguardar los intereses de otras democracias populares, que quizá estén en juego.

No es necesario esforzarse demasiado para descubrir la ambigüedad del lenguaje utilizado por los soviets, cualquiera que fuere su autor. Sólo que cuando uno piensa en raptos, secuestros y otros actos de violencia ejecutados a mano armada por la diplomacia soviética y socialista como formas de su manifestación práctica, inevitablemente se preguntará el lector sobre si, en el fondo, haya cambiado la actitud soviético-comunista y de sus aliados frente al resto del mundo. A nuestro entender no ha cambiado. La diplomacia soviética, como arte de negociar, es arte sólo cuando el partner se rinde incondicionalmente ante sus reivindicaciones «salvadoras». En tal caso hay ambiente de extrema (y extraña) cordialidad y todo se resuelve «por unanimidad».

Dentro del bloque ruso-soviético existe sólo una forma de la diplomacia: la soviética, la de la dictadura del proletariado ruso, moldeada por el C. C. del P. C. U. S. En el fondo de todas las posturas del Kremlin actúa el tremendo y atemorizador factor que es la «paz» y el «antimperialismo». Según fuimos comprobando, la naturaleza de estas expresiones a través de nuestros estudios anteriores, los soviets vuelven una y otra vez a servirse de ellas. a pesar de que sus intenciones resultan ser cada día más claras. Si falla un momento de cálculo de la actualidad, siempre hay recursos para evocar otro, de carácter histórico. Tienen predilección especial los soviets por esta clase de argumentaciones. Esta vez es el XXX aniversario del VII Congreso de la Komintern, celebrado del 25 de junio al 20 de agosto de 1935 en Moscú, bajo la consigna de «estrategia de unidad de las fuerzas antimperialistas»<sup>2</sup>. Por supuesto, es una «lección de la Historia» y los aliados de la U. R. S. S. no deberían olvidarla al tratar de «independizarse» en el marco internacional. ¿Por qué? Porque «el gran mérito del VII Congreso de la Komintern fué la elaboración perfecta de una línea estratégica para la unidad del movimiento obrero, para la unidad de todas las fuerzas sociales que están en favor de la democracia, libertad de los pueblos, la paz y el socialismo. Esta es la única línea segura no para una sola etapa, sino para todo el período de transición del capitalismo al socialismo a escala mundial». «El Congreso orientó a los partidos comunistas para la consecución de la unidad de acción con los socialistas desde abajo y desde arriba, también con los sindicalistas

<sup>2</sup> *Pravda*, Moscú, del 20 de agosto de 1965.

reformistas. En nuestros días, con la REVOLUCION internacional, el movimiento de liberación ha planteado nuevos problemas. Para su solución y para la elaboración de una estrategia y una táctica, los partidos marxista-leninistas parten de la situación actual, aprovechando las experiencias del pasado, y entre ellas se encuentran las conclusiones e ideas del VII Congreso de la Komintern. Pero hay que saber desarrollarlas y ponerlas en práctica, porque los problemas de lucha contra la reacción y la amenaza de guerra, y por tanto de la cohesión de todas las fuerzas antimperialistas, continúan teniendo una importancia de primer orden. En la economía y en la política de los Estados imperialistas ha aumentado la preponderancia de los monopolios; de ellos emana la agresividad en el plano exterior... Como fuerza fundamental de la reacción imperialista y de la Contrarrevolución... figura hoy día una poderosa potencia imperialista, los Estados Unidos». Esta declaración parece ser una concesión a las acusaciones chino-comunistas. Reconocemos lo será, en parte, porque tanto Moscú como Pekín persiguen el mismo objetivo desde el punto de vista ideológico (=REVOLUCION mundial), aunque difieran desde el político (= potencia socialista líder: la U. R. S. S. - Moscú—, potencia líder China-Pekín); «la abierta agresión de los EE. UU. en Vietnam y su descarada injerencia en los asuntos internos de la República Dominicana<sup>3</sup>, las provocaciones contra Cuba, los intentos colonizadores para sofocar la lucha de liberación de los pueblos, los esfuerzos de los revanchistas germano-occidentales para la posesión de armas nucleares..., éstos y otros hechos demuestran que las fuerzas de la reacción están preparadas para cualquier forma de agresión y para paralizar el desarrollo progresivo de la humanidad...». Otra vez la «víctima» es la U. R. S. S.

Esta forma de la «dialéctica» al enjuiciar la situación internacional es poco persuasiva si tenemos en cuenta la argumentación como la siguiente: las resoluciones de los XX y XXII Congresos del P. C. U. S., el nuevo Programa del partido y las declaraciones de 1957 y 1960, respectivamente, ofrecen una auténtica posibilidad de detener las fuerzas agresoras y reaccionarias, impidiendo, de esta manera, el desencadenamiento de una nueva guerra mundial. Al sacar las consecuencias de esta posibilidad, los marxistas y leninistas ponen de manifiesto que su realización total y definitiva depende de la unidad de todas las fuerzas revolucionarias en la actualidad y también de

<sup>3</sup> Legal desde el punto de vista jurídico-positivo, como lo era la soviética en 1956 en Hungría, y desde 1944-45 en los demás países que actualmente son sus «aliados».

la actividad de cada una de ellas en su lucha antimperialista y a favor de la solución de los problemas sociales pendientes.

Hace dos años, los comunistas emprendieron una ofensiva en pro de una colaboración y cooperación de «todas las fuerzas democráticas» contra los regímenes que no aceptan las consignas del Kremlin. Los culpables son siempre los «monopolios», lo cual significa, a su vez, imperialismo, dictadura, autoritarismo, colonialismo o revanchismo. Antes de este período, las alusiones eran todavía vagas, generalizadoras y «cristalizadoras», pretendiendo evocar la obra de Marx y sobre todo de Lenin. Actualmente, las ideas sobre esta materia de la Revolución ya son más precisas y definidas, conforme a la situación con que Moscú tiene que ir enfrentándose en el terreno de las relaciones internacionales. Porque las eternas repeticiones de las mismas palabras quieren enmascarar la tajante debilidad del sistema soviético de coexistencia, y cuando más se repita un concepto, más probabilidades se tienen para que penetre en la mente de las masas populares. Por esta razón, el «anticomunismo será un arma del imperialismo, contra el cual los comunistas han de llevar a cabo una lucha implacable, eliminando, poco a poco, los prejuicios entre los trabajadores por medio de persuasión, charlas amistosas, aclaraciones y propaganda, sobre todo respecto a los socialistas de la democracia social (= socialdemocracia, generalmente comprendida como socialismo occidental y antisoviético). Pero hay que completar la consigna: donde fallan estos instrumentos habrá que recurrir a la violencia, aunque sea en una forma encubierta, disimulada y hasta sirviéndose de los principios cristianos de la convivencia (mejor dicho, «coexistencia»)..., con el fin de descomponer el orden legal de un país u otro. Es en este sentido muy significativo que los soviets, al preparar el XXIII Congreso de su partido, previsto para la primavera de 1966, vengán evocando con un ímpetu extraordinario los principios leninistas de la Revolución mundial. Cada vez más, Marx y Engels se están quedando atrás... Porque la ideología, propiamente dicha, cedió paso a la práctica política, a los métodos de golpes de Estado, a los conflictos bélicos locales o regionales. Incluso, donde hay tolerancia religiosa, se provocarán conflictos raciales y donde no existen éstos serán los problemas religiosos el fondo de la táctica de lucha de «todas las fuerzas antimperialistas» (Estados Unidos y Vietnam del Sur, respectivamente). A nuestro juicio, el auténtico error de la política anticomunista occidental consiste en no haber comprendido suficientemente la naturaleza de la REVOLUCION MUNDIAL propugnada por los soviets. Así, Moscú tendrá aún durante mucho tiempo

la iniciativa en las relaciones internacionales, cuya característica principal es el miedo ante el poderío «militar, organizador y propagandístico» de la U. R. S. S. De repente, todos los países del mundo tienen miedo a la Unión Soviética, aunque a veces el hecho se envuelva en frases de «respeto a las normas de derecho internacional». Quien se oponga será «agresor, imperialista y colonialista». En este terreno los soviets han conseguido sus propósitos, lo cual quiere decir que refiriéndose a Lenin, automáticamente se evoca la «gran obra práctica» de Stalin desde los años treinta hasta... la actualidad.

Es prematuro decir con seguridad qué es lo que persigue la Francia del general De Gaulle con «montar los puentes» entre París y Moscú, pero lo cierto es que la Quinta República se encuentra en la fase final de su existencia. Al menos si se tiene presente la opinión pública francesa. En cambio, los soviets creen que las últimas acciones político-exteriores emprendidas por Francia constituyen una prueba de su enfoque realista y es «bien sabido» qué amplio eco encontró en el mundo la extensión de los contactos franco-soviéticos<sup>4</sup>. Pues bien, la argumentación soviética explota a su gusto las iniciativas del Gobierno francés en el sentido de lanzar nuevas acusaciones contra el Gobierno de la República Federal de Alemania. Pero al mismo tiempo este argumento admite implícitamente que París tiene menos interés por la integración europea que Bonn. La argumentación es, por tanto, bastante realista, ya que los pueblos de la Europa tanto Central como Oriental o Suroriental sospechaban ya hace tiempo que la concepción francesa de una Europa de Estados se dirigía contra los intereses de los pueblos sometidos a la dominación soviética y, consiguientemente, contra la realización de los principios del derecho de autodeterminación. Porque Francia, con su concepción de una «Europa de las patrias» (= Estados), niega de antemano el derecho de autodeterminación a los pueblos de la U. R. S. S., Checo-Eslovaquia y Yugoslavia. Esto es: admite y acepta como un hecho la existencia de Estados creados a finales de la Primera Guerra Mundial mediante una serie de Tratados, firmados precisamente en la capital francesa o sus alrededores<sup>5</sup>. En todo caso, la actual actitud francesa favorece los intereses de la Unión Soviética. Por ello decimos que la argumentación soviética—a favor de los contactos franco-soviéticos—es bastante «realista».

Aparte de eso, la actitud político-exterior de Francia recoge las estimula-

<sup>4</sup> *Pravda*, Moscú, del 23 de noviembre de 1965.

<sup>5</sup> Versalles, San Germán, Trianon...

ciones acordadas en la Conferencia de Potsdam, de agosto de 1945, entre los Gobiernos estadounidense, británico y soviético respecto a la situación de Alemania, donde—por cierto—Francia no estuvo presente por haber perdido la guerra militarmente, pero ganándola políticamente, con el fin de respaldar la postura soviética en cuanto a la conservación del *statu quo* establecido entonces a expensas del pueblo alemán en virtud del principio de la «culpabilidad colectiva» y que el Kremlin explota hasta ahora como un instrumento de legalidad de la situación internacional en contra de Washington y Londres. Entonces, el gobierno francés juega la carta del Kremlin, lo cual quiere decir que reconoce no solamente la división de Alemania, sino también las «fronteras» de Oder y Neisse y, por consiguiente, los territorios situados allende esa línea—y hasta el 31 de diciembre de 1937 pertenecientes a Alemania—como polacos y rusos respectivamente. Así, la política de una supuesta «force de frappe» francesa se reduce a unas especulaciones «propias a la diplomacia burguesa» favorables al *statu quo* soviético en Europa. De ahí la reacción de París contra la N. A. T. O. Sólo que, en este caso, Moscú ya no quiere saber nada de las «intrigas de la diplomacia burguesa». Porque estas intrigas le convienen. Es el fondo, propiamente dicho, de la llamada diplomacia socialista (= soviética)<sup>6</sup>. La U. R. S. S. está muy consciente del papel que Francia «puede» desempeñar en el continente europeo, debido a «su Revolución» de 1789, que tan decisivo impacto había causado entre los pueblos del Viejo continente y fuera de él hasta ahora, y también porque sin la Revolución Francesa no se habría producido la «Gran Revolución de octubre» ruso-soviética de 1917. Insistimos, hay una estrechísima relación entre los acontecimientos de 1789 y los de 1917. La «tradicional amistad franco-rusa»<sup>7</sup> resulta ser, por tanto, *tradicional* desde el punto de vista *oportunistista*. En nuestro caso, el oportunismo es tanto francés como ruso-soviético. Sólo que el Kremlin es el elemento moldeador de la iniciativa de los Campos Elíseos... en 1965.

La postura negativa de Francia frente al Mercado Común, a la integración económica y política europea, y frente al Pacto Noratlántico, es acogida por el Kremlin con suma satisfacción. Es por razones que acabamos de aducir, pero que normalmente no constan en los tratados clásicos de «Historia de las relaciones internacionales» por motivos hasta ahora defectuosamente trazados

<sup>6</sup> Recuérdesse lo dicho en la argumentación soviética anterior.

<sup>7</sup> Especialmente a partir de 1871.



o «descubiertos» científicamente. Porque hoy día ya no bastan nombres «internacionalmente reconocidos» como autoridades indiscutibles en cuestiones de relaciones interestatales<sup>8</sup>, precisamente en lo que se refiere a las relaciones entre Este y Oeste, y no es sorprendente que algún interesado en esta clase de problemas se vea desorientado. Cada año requiere no solamente más precisión conceptual, sino ante todo un enfoque que en relación con las argumentaciones pasadas del mismo autor a la hora de un momento dado puede que ya no estén a la altura de las circunstancias. No es que haya fallado la lógica, sino porque la táctica ruso-soviética está montada a base de desorientaciones prácticas en forma de insinuaciones, lecciones «históricas» del movimiento internacional obrero y comunista y posibles cálculos «pequeño-burgueses». Es una cuestión que atañe a los que, en una u otra forma, dirigen los destinos de la Humanidad. En ello consisten la ventaja, y también los peligros, para los que «no quieren saber nada» de la política. Es una de tantas cartas que el Kremlin juega en el plano internacional. Y sabe explotarla a través de numerosas organizaciones «estrictamente internacionales» que siendo «democráticas» son, en realidad, procomunistas y prosoviéticas... (= Consejo Mundial de la Paz, Federación Sindical Mundial, etc...). Nadie ha de dudar en los «buenos oficios» que desde hace casi cincuenta años está «prestando» al progreso de la Humanidad la Unión Soviética...

Las iniciativas francesas emprendidas a favor de la extensión de contactos con el Este inducen a los soviets a consideraciones políticas sobre la N. A. T. O. Recogiendo algunas declaraciones de representantes de los Seis de Europa e Inglaterra, con ocasión de una reunión celebrada en noviembre de 1965 en París, el Kremlin se congratula con que la «situación»—en cuanto al futuro político de la N. A. T. O.—ha empeorado de tal manera que Francia hoy día sale abiertamente en contra de las medidas adoptadas por los Estados Unidos en Vietnam o la República Dominicana». Y «haciendo el balance de la política de la N. A. T. O., su secretario general, Manlio Brosio, declaró que las contradicciones entre los Estados del continente impiden la realización de la Unión europea, porque éstos persiguen más bien sus propios intereses y, por tanto, la idea de la unidad europea está aún lejos de realizarse»<sup>9</sup>. Pues bien, el fondo de tales observaciones no consiste en si dicha unidad esté o no lejos de realizarse, sino en la acentuación propagandística de ciertas

<sup>8</sup> Kennan y otros.

<sup>9</sup> *Selskaya Shizn*, Moscú, del 18 de noviembre de 1965.

controversias existentes entre los miembros de la N. A. T. O. Su objetivo es aprovechar cualquier instrumento, real o supuesto, para hacer frustrar la colaboración entre países occidentales.

Los portavoces checos de la política exterior soviética publican en su órgano oficial<sup>10</sup> un artículo sobre «de la disuasión a la penetración». Entre otras cosas se dice que en el pasado la política americana se manifestaba en forma de «disuasión y liberación» de las naciones del yugo socialista, pero que recientemente los imperialistas se han dado cuenta de que esta clase de política no encaja en las condiciones existentes en el mundo actual. Por tanto, se prosigue, a principios de los años sesenta se trató de encontrar nuevas fórmulas políticas que tuvieran como finalidad el alcanzar la meta anterior con otros medios. Del mismo modo que la antigua teoría de la disuasión y liberación, la nueva política incluye una serie de variedades, prejuicios, definiciones, normas y criterios estando envuelta en la expresión de «competencia pacífica» con el fin de lograr el antiguo objetivo estratégico para penetrar en los países socialistas.

Cabe preguntarse: si un país está convencido de que su sistema político, económico y social es el más perfecto de entre todos los sistemas existentes hoy por hoy en el mundo, ¿por qué no está dispuesto a competir...? Contestemos con otra pregunta: ¿por qué el occidental puede comprar periódicos soviéticos, polacos, checos, magiares, rumanos, eslovacos, búlgaros o yugoslavos en París, Londres, Roma o Nueva York, sin embargo, ningún ciudadano del bloque soviético puede encontrar prensa occidental no comunista en Praga, Varsovia, Moscú o Bratislava? También el muro de Berlín ha sido construido por los occidentales y no por los ideólogos moscovitas. Al menos así se afirma. Claro está, no interesa una competencia, sino única y exclusivamente una coexistencia impuesta por el Kremlin, que de antemano excluye cualquier forma de una auténtica aproximación entre Este y Oeste. Por añadidura, una competencia es también peligrosa para el mundo «perfecto y creado por la Unión Soviética».

Pues bien, sigamos la «dialéctica» de «Rudé Právo»: los terroristas de los años cincuenta, armados con metralletas y granadas, se convirtieron en algo inútil en Europa, porque su aparición no consiguió fomentar levantamientos en ninguno de los países socialistas<sup>11</sup>, y los ideólogos occidentales

<sup>10</sup> *Rudé Právo*, Praga, del 31 de agosto de 1965.

<sup>11</sup> Porque el levantamiento magiar de 1956 se debió a las penosas circunstancias provocadas en el país por la ocupación soviética y el establecimiento del régimen comunista.

llegaron a la conclusión de que tendría que actuarse mediante la influencia sobre la mente del pueblo. Se hizo una campaña ruidosa para enterrar la vieja política, cuyos críticos redoblaban sus esfuerzos para expulsar a aquéllos que se negaban a abandonar sus puntos de vista anteriores. Personas cuyo sentido realista se había moldeado por los acontecimientos, como, por ejemplo, es el antiguo embajador norteamericano en Belgrado, Kennan, partidario de que se pusiera fin a la guerra fría, se encuentran ahora con que también sus opiniones son oídas en las altas esferas políticas.

La realidad es bien distinta, ya que fueron los comunistas, que sembraban el terror arrojando, de noche, armas a los jardines de los conventos o de las parroquias con el fin de acusar, a continuación, a la Iglesia de actos terroristas. No cabe duda de que se trataba de una forma muy peculiar de estabilizar el bloque socialista su posición internacional.

Actualmente los Estados Unidos prestan especial atención a los países socialistas en Europa. El Presidente Johnson había declarado que «los intereses y los progresos de la Europa Oriental requieren estrechas relaciones con el Oeste». El principio táctico consistiría en el intento de dividir a los países en cuestión y separarlos de la U. R. S. S. El comercio y la política económica ocupan un primer plano en la nueva estrategia capitalista, porque «el Oeste debe esforzarse en crear condiciones favorables y susceptibles de desarrollar diferencias de opinión que surjan dentro del campo socialista». Dean Rusk, Secretario de Estado norteamericano, amplía esta idea afirmando que «la política exterior de los EE. UU. ha de adaptarse a cada Estado comunista en particular y divide el campo ruso-soviético en cuatro zonas: 1. La U. R. S. S.; 2. Los Estados socialistas de la Europa Oriental; 3. Los Estados socialistas del Extremo Oriente; y 4. Cuba. Se han hecho subdivisiones dentro de cada una de esas zonas para distinguir entre las tácticas y los medios que han de ser empleados en un caso u otro, y fundamentalmente con el propósito de enfocar de forma diferente la política a seguir respecto a esos países. Hay también la necesidad de producir una «variante de exportación de la ideología capitalista americana» y lo principal sería demostrar que «el capitalismo como tal ya no existe», porque está naciendo una sociedad industrial que uniría a los dos sistemas mundiales.

Los soviets y sus aliados están bien orientados en las relaciones internacionales y especialmente respecto a las nuevas corrientes de «tender puentes» hacia ellos. Las consideraciones que acabamos de recoger localizan con precisión la contraofensiva ideológica y política de los EE. UU. y otros países

occidentales que, en efecto, fue puesta en marcha en los últimos años y de una manera acentuada en 1965. Sólo que, en su opinión, es el capitalismo el sistema que ha de adaptarse al proceso socializador propugnado por el marxismo-leninismo. No hay formas de adaptación del bloque socialista a otro sistema vigente, lo cual quiere decir que la U. R. S. S. no piensa en variar el actual curso de su política exterior. Pero se admite que desde hace unos seis años ha cambiado considerablemente el panorama político-internacional, con los correspondientes perjuicios para el Kremlin: se produjo una cierta independización de sus aliados en Europa, la China continental reivindica para sí un lugar en el movimiento internacional comunista, que cree le pertenece por razones históricas y geopolíticas; y el «Tercer mundo» tampoco se decidió a escoger el camino de su desarrollo según deseaban los soviets.

Volvemos, prácticamente, al punto de partida después de haber comprobado que Moscú no desea relaciones entre Este y Oeste basadas, al menos, en un respeto mutuo, ni siquiera en lo que ellos llaman «coexistencia». Pretenden conseguir mucho más, aunque el camino sea más largo, siendo sus reacciones especialmente violentas siempre que se refiere a la República Federal de Alemania. Porque la vecindad de Alemania occidental con el campo socialista encubre de por sí una serie de relaciones imprescindibles y que tarde o temprano tendrán que ser solucionados a base de nuevas formas de relaciones. Este factor influye considerablemente en la postura soviética respecto a la situación internacional en 1965, debido a que el gobierno de la U. R. S. S. no está—todavía—preparado; tampoco ha madurado a su favor la situación política del propio campo socialista para emprender pasos hacia una «normalización definitiva» de la coexistencia pacífica. Por esta razón vamos a referirnos a la postura china.

## II

### *Situación internacional* (Postura china)

El problema chino ya es una clásica pesadilla para el Kremlin, porque Pekín ha decidido no apoyar o respaldar ninguna de sus acciones en el plano internacional. Si existen diferencias ideológicas entre estos dos centros del

comunismo internacional desde hace seis años, aún más cabe hablar de divergencias políticas. El fondo de la disputa es, en un principio, el concepto de la coexistencia pacífica que le dan los ideólogos soviéticos.

Los comunistas chinos prosiguen con hacer una política soviético-revolucionaria por su propia cuenta, intentando sustituir a Moscú en la organización del movimiento internacional obrero. Sus puntos de vista son los siguientes <sup>12</sup>: 1. Una vez derrotado el imperialismo norteamericano, llegará la época en que el imperialismo y el colonialismo serán liquidados en todo el mundo; 2. La guerra de agresión yanqui en Vietnam terminará definitivamente con la victoria vietnamita y la derrota corresponderá al imperialismo americano. El pueblo chino está sin reserva al lado de Vietnam; 3. La II Conferencia afro-asiática debe ser un éxito. Si hay seguridad de que lo sea, el gobierno chino está a favor de su convocatoria. Sin tal seguridad, el gobierno chino es partidario de esperar hasta que maduren las condiciones; 4. Las Naciones Unidas se han convertido en un lugar de regateo político para algunas grandes potencias. Los Estados Unidos son su dueño. La O. N. U. ha de ser reorganizada y transformada por completo.

1. Condenando al «imperialismo» norteamericano, los chinos atacan, al mismo tiempo, a la Unión Soviética, acusándola, según ya hemos visto, de un «complot soviético-estadounidense» preparado para dominar al mundo. Pero también hemos visto que, de parte soviética, no puede tratarse de ningún «complot». Moscú se interesa por ciertas relaciones con Washington en virtud de sus principios coexistencialistas y nada más. Sin embargo, Pekín ignora que la postura soviética se está desarrollando, en último término, dentro del marco prorrevolucionario a escala mundial y este hecho implica, automáticamente, medidas que prevengan un posible ataque norteamericano contra el continente chino. También en la opinión rusa los americanos son, y seguirán siendo, «imperialistas». Si por alguna razón estallase una guerra entre los EE. UU. y la China comunista, nadie puede dudar de que el régimen de Pekín desaparecería en un tiempo relativamente breve; hasta tal extremo eso no le interesa a la U. R. S. S., por razones estratégicas: al caer el régimen de Pekín correría un gran riesgo también el moscovita, porque si los norteamericanos son imperialistas no se contentarían con haber conquistado a

---

<sup>12</sup> *Pekín informa*, Pekín, núm. 41, del 13 de octubre de 1965.

China, sino que se apresurarían en derrumbar también a la Unión Soviética. Para evitar tal o parecida eventualidad, los soviets prefieren «coexistir» protegiendo, contra la voluntad de Pekín, también a sus «hermanos» disidentes del Extremo Oriente, incluyendo a los de Mongolia, Corea del Norte y Vietnam del Norte. Es más realista la postura soviética que la china. Se prefiere mantener, y no hacer peligrar, el régimen de Pekín, con el cual siempre se pueden arreglar los problemas pendientes, en vez de verse envuelto en un peligro que pudiera significar la pérdida no solamente de un imperio euroasiático en cuya formación participaron todos los regímenes que haya habido en la historia rusa, sino también de la mayor parte de la Humanidad. La postura chino-comunista resulta ser inaceptable para la lógica.

Tampoco es admisible la argumentación de que los EE. UU. son, hoy por hoy, una potencia eminentemente colonialista. Sí, se argüirá de que no importa que Washington prescinda de instrumentos clásicos de extender su poder (conquista de nuevos territorios y colonización humana de los mismos, por ejemplo), porque esta vez se trata de un «colonialismo llevado a cabo por medio de los monopolios...»; pero ¿cómo definir la expansión chino-comunista hacia la Corea del Norte, el Vietnam del Norte, hacia Formosa, hacia Africa y hasta Iberoamérica? ¿Y qué significado se puede atribuir al expansionismo ruso-soviético en Europa y los demás continentes, realizado en forma de propaganda y alguna ayuda económica a los países en desarrollo? Nos encontramos ante un dilema ya no «interno» del movimiento internacional obrero y comunista, sino ante unas realidades que son, ni más ni menos, la escisión dentro del comunismo mundial, guerra y conflictos locales, intento de atraerse a los pueblos «afro-asiáticos e iberoamericanos», así como el juego que desde hace quince años se está haciendo en torno a la admisión—o no admisión—de la China comunista a la O. N. U. Y finalmente—hay que decirlo—los países occidentales empiezan a reaccionar positivamente ante el peligro que representa el comunismo, sea soviético o chino... Por ello hablamos, anteriormente, de una cierta contraofensiva occidental, emprendida en forma de «tender puentes» hacia el Este. La U. R. S. S. no quiere un conflicto nuclear y propaga la coexistencia pacífica; la China continental condena la coexistencia y propaga la guerra. Por lo visto, los chinos se quedaron desilusionados al comprobar que la explosión de su primera bomba atómica no produjo los efectos deseados por ellos ni en la U. R. S. S., ni en los EE. UU., tampoco en los países neutralistas.

2. La guerra en Vietnam: después de la retirada francesa de Indochina, la región quedó estructurada según unos principios jurídico-internacionales que en vez de resolver el problema de la descolonización complica la situación de tal manera que el actual conflicto tiene que ser una consecuencia lógica de los errores cometidos en el pasado. La herencia francesa resultó ser cargada de grandes contradicciones y ahora incumbe a los Estados Unidos el intento de «limpiar el campo». Mientras tanto, Francia vuelve la espalda a la N. A. T. O. con una serie de exigencias que, desde el punto de vista moral, nunca debería presentar ante el mundo civilizado. La política estadounidense cometió inexcusables errores a lo largo de su existencia, pero no es posible condenar la presencia de las fuerzas armadas americanas en un país aliado y, en un principio amigo, sólo porque la propaganda comunista (en este caso tanto moscovita como pekinesa) así lo desea.

La postura chino-comunista sale de la situación de 1954 (Dien-Bien-Phu y acuerdos de Ginebra), que no difiere de la soviética. Sin embargo, hay una diferencia de criterios en cuanto a la táctica revolucionaria de combatir al imperialismo «yanqui». Los soviets tienen muy presente la amarga experiencia de la guerra de Corea<sup>13</sup> y los chinos, en cambio, la «gloriosa victoria» de los indochinos sobre los franceses en 1954. Simplifican las cosas y vulgarizan las épocas que tanta importancia «tienen en el desarrollo del movimiento internacional comunista». Mal cálculo estratégico, no disponiendo más que de una bomba atómica. La guerra de Vietnam no ha sido provocada por el imperialismo norteamericano y lo saben mejor que nosotros precisamente los chinos, y también los soviéticos. Una vez más, el equilibrio de fuerzas se está poniendo de relieve con bastante claridad a favor de la «coexistencia pacífica» entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de América. Pero los chinos cuentan con un factor, que es la inagotable resistencia y paciencia. El factor hombre influye menos, aunque muchos quisieran verlo como el más decisivo, porque piensan, todavía siempre, en términos de la época preatómica. Los soviets se sirvieron de ese factor sólo hasta la Segunda Guerra Mundial, porque no les interesaban las vidas que «defendían la patria soviética». Era la época de Stalin.

A la hora actual, la guerra de Vietnam es un asunto que desde el punto de vista propagandístico favorece a China hasta el momento en que Washington pudiera extenderla incluso más allá de las fronteras «vietnamitas»,

---

<sup>13</sup> 1950-51.

en dirección Norte... Es favorable también—y al mismo tiempo—a la Unión Soviética<sup>14</sup>. No creemos que los EE. UU. ataquen a la China continental sólo porque los dueños de Pekín quieren demostrar su «fuerza» mediante un derrame de sangre, hoy día completamente inútil, para conseguir ciertos propósitos políticos, nacionales y «antimperialistas». La postura china es de carácter más bien psicológico que políticorreal. Otra vez pierden, a su favor y del Kremlin. Hecho muy extraño, pero verosímil, ya que la conducta del gobierno soviético sería considerablemente más radical en sus argumentaciones «antichinas» de lo que hacen gala—al menos—sus documentos oficiales y semificiales.

3. El «Tercer mundo»: podría decirse que está caracterizado por las «conferencias afro-asiáticas», si localizamos el sentido que pretenden darle Moscú y Pekín, respectivamente. Sin embargo, no es más que un pretexto que nos conduce a sospechar que no se trata de nada más que de un pretexto... Por fin llegamos al fondo de la cuestión. Sí, la China comunista aspira a ser una gran potencia y para eso busca material humano, porque del material técnico y atómico no dispone todavía. Moscú intenta atraerse las masas populares con el fin de servirse de ellas en su propia defensa y en virtud de los intereses ideológicos, jurídicos e imperialistas ruso-soviéticos. Concuerdan, entonces, los líderes del Kremlin y de Pekín. Sólo que, por razones oportunistas, Moscú quiere para sí dichas masas y, en cambio, Pekín quiere aniquilarlas lo antes posible en virtud de los «principios puros del marxismo-leninismo». Dicho de otra manera, los comunistas chinos empujan a los soviets hacia el campo occidental, a pesar de que éstos se declaran, con toda franqueza, antioccidentales. En este hecho consiste el peligro para el Occidente..., porque puede caer, una vez más, en la ilusión de que el comunismo de finales de 1965 ya no es el de los años cincuenta. Hay que insistir, cambian las formas, pero no el contenido del marxismo-leninismo. Por ello, la disputa chino-soviética es de carácter más bien formal que material. Los soviets tenían razón, la coexistencia favorece al movimiento internacional comunista; y, en cambio, el precipitado revolucionarismo chino es el instrumento que, en último término, perturba seriamente la paz internacional... y, ante todo, el proceso de la REVOLUCION, que los chinos pretenden ver acabado antes de llegar a ser REVOLUCION. En todo caso, tanto los soviets como los chinos obran en contra del curso de la lógica.

<sup>14</sup> Por razones que aducimos más arriba.



El terreno del mundo «afro-asiático» para el continente chino no es sino una idea vaga de lo que pudiera hacer, a su favor, una colonia de emigrados chinos en distintas partes del mundo, teniendo en cuenta los cálculos del actual régimen de Pekín. Sin embargo, y ya se dio un caso parecido<sup>15</sup>, no todos los emigrados están dispuestos a seguir ciegamente las consignas procedentes de su antigua patria. En la primera generación, el americano de origen chino ya es más americano que chino; en la segunda, lo es aún más proamericano, y en la tercera ya ni siquiera llega a enterarse de su pasado, hablando en términos sociológicos. Porque ya no quiere saber casi nada de la patria de sus antepasados. Nació en donde nació, éste es el lugar patrio de su existencia, por muy difícil que fuere, y la vida le empuja a «no saber demasiado de sus antepasados». Pero es que nuestro razonamiento no termina con esta consideración, tan simplificadora y exacta a la vez. En el Sureste asiático viven más de once millones de chinos, dominan casi todo el comercio y la vida económica de los países en cuestión, pero durante la guerra de Corea se comprobó un hecho que no debería olvidarse: incluso los chinos del mundo libre, y anticomunistas hasta las últimas consecuencias, estaban «orgullosos de hazañas militares», en contra de las fuerzas de la O. N. U., llevadas a cabo por «sujetos chinos». No pretendemos exagerar, pero es de suponer que, racialmente, la disputa chino-soviética—tal como se está manifestando actualmente—tiene sus raíces en la guerra de Corea. En Corea los soviets no han hecho prácticamente nada, pero sí los chinos, instigados por el Kremlin. Es que era, todavía siempre, la era de Stalin. Puesto que Stalin llegó a la idea de hacerse valer de la causa china a favor del comunismo internacional, el entonces indiscutible marxista-leninista Mao Tsé-Tung cayó en el error de fiarse, también de una manera indiscutible, de los «buenos oficios» del Kremlin, procurando sacar de la presencia de «voluntarios chino-populares» en los frentes de Corea un «permiso» de entrada del gobierno pekinés en la O. N. U. La Unión Soviética poseía ya hacía un año su propia bomba atómica. Este hecho no lo han tenido en cuenta, por ello tienen tanta prisa en vengarse no solamente frente a la Unión Soviética, los Estados Unidos y el resto del mundo, sino también—y éste es el problema más grave para Pekín—respecto a la O. N. U., que, por cierto, ni siquiera

---

<sup>15</sup> Los japoneses pusieron en práctica durante la Segunda Guerra Mundial estos métodos, en relación con los ciudadanos de un país u otro, de origen japonés, con el fin de ganarlos para la causa de su imperialismo.

debería llamarse la «Organización de las Naciones Unidas», sino—pura y simplemente—«organización de los intereses particulares» de los estadistas y gobiernos que a la sazón pretendían escaparse del impacto de la «vodka», servida en abundancia por los diplomáticos de Stalin en Teherán, Yalta y quizá también en Potsdam.

En todo caso, la actual postura chino-comunista frente a la situación internacional del movimiento «socialista, obrero o comunista» es lo suficientemente desorientadora para no atreverse a sacar conclusiones acertadas, por lo menos hasta finales del año 1965. El mundo «afro-asiático» es para Pekín sólo una expresión dialéctica<sup>16</sup>, cuya manifestación práctica depende de los chinos que viven fuera de las fronteras chino-continetales en Asia, Australia, Africa, Iberoamérica e incluso en Europa; y si no fuera por razones de índole técnica podríamos presentar hasta ciertas estadísticas en este sentido... En conclusión: el régimen comunista de Pekín hace algunos cálculos de planificación para su política exterior a base del número de chinos que viven, o cree que viven, en el extranjero, tomando estos datos como base *real* para llevar a cabo sus especulaciones políticas con el fin de conseguir, de parte de los «imperialistas» americanos, alemanes o británicos una ayuda económica no inferior a la que estos Estados están prestando a otros países en desarrollo.

4. La O. N. U.: Pekín insiste en la «restauración de sus legítimos derechos» en las Naciones Unidas. No obstante, con eso el problema no quedaría resuelto, ni mucho menos. En todo caso, la O. N. U. debería revocar su resolución con la cual se condenó a China y a la Corea del Norte como agresores; en cambio, como tales deberían figurar los Estados Unidos; también la Carta de la O. N. U. ha de ser revisada, con participación de todos los países del mundo; pero deberían ser expulsados de la misma todos los Estados títeres de los imperialistas.

Según los chinos, la O. N. U. está controlada por Washington, convirtiéndose en un lugar donde dos grandes potencias<sup>17</sup> llevan a cabo sus transacciones políticas. Según se expresaría el viceprimer ministro chino, Chen Yi, el gobierno de Pekín no tiene interés en estar en la O. N. U. en tales condiciones, porque si «durante la guerra de agresión yanqui contra Corea la

<sup>16</sup> Al igual que para el Kremlin.

<sup>17</sup> Los Estados Unidos y la Unión Soviética.

O. N. U. aprobó una resolución señalando a China como agresor, ¿cómo se puede esperar que figure como miembro de la misma?» La cuestión es cómo reformar la O. N. U. de acuerdo con sus propósitos y principios contenidos en la Carta, y cómo librarla del control de los EE. UU. y otras potencias. Es preciso crear una O. N. U. revolucionaria, dentro de la cual no habría sitio para el régimen de Taiwán.

China fué uno de los países fundadores de la O. N. U. como gran potencia. Sin embargo, con la victoria comunista y la creación de la República Popular de China, la O. N. U. se enfrentó con una realidad que desde 1950 sigue sin ser enfocada imparcialmente. El problema se agravó con la explosión de la primera bomba atómica china el 16 de octubre de 1964, porque muchos países empezaron a preocuparse seriamente por la ausencia del gobierno de Pekín en las Naciones Unidas. La opinión pública mundial se basa en algunos principios morales, arguyendo, por ejemplo, que si se continúa dejando alejada a la China continental de la O. N. U. sería imposible controlar sus aventuras nucleares. La U. R. S. S. no parece compartir esta opinión, por ello está en el banquillo de acusados por Pekín. Y desde el punto de vista jurídico-positivo, la China continental sabe que puede explotar a su favor esta argumentación indefinidamente. Sobre todo: el territorio histórico chino y su población están en poder del régimen comunista. Simultáneamente, en la postura china subyace el afán de controlar revolucionariamente la marcha de la Humanidad. También en este caso se trata de aspiraciones mesiánicas: contra el imperialismo norteamericano y contra el revisionismo jruschovista.

\* \* \*

Al hablar en la recepción ofrecida por el embajador Nesti Nase para celebrar el XXI aniversario de la liberación de Albania, el primer ministro chino, Chu En-Lai, señaló que en el momento actual todos los pueblos avanzan de victoria en victoria en su lucha contra los imperialistas encabezados por los EE. UU., y que los marxistas-leninistas avanzan, también, de victoria en victoria en su lucha contra los revisionistas jruschovistas<sup>18</sup>. Y el primer ministro

---

<sup>18</sup> Pekín Informa, cit., núm. 49, del 8 de diciembre de 1965.

manifestó su convicción de que, «siempre que los pueblos del campo socialista, junto a los demás pueblos, fortalezcan su unidad y persistan en la lucha, con toda seguridad triunfará la batalla contra el imperialismo norteamericano, el revisionismo jruschovista y toda clase de reaccionarios...». Parece que el «famoso tigre de papel» está tomando formas maoistas. En todo caso, las dos posturas son irreconciliables. Moscú prosigue su línea de los últimos diez años y Pekín intenta desviarla a su favor. Mientras tanto, ambos bandos emplean, en un principio, el mismo lenguaje sin poder entenderse. En este hecho reside la gran esperanza para el mundo libre, pero también el peligro...

\* \* \*

Resumamos ahora la situación internacional del año 1965 desde las posiciones «estrictamente socialistas», pero indiscutiblemente prosoviéticas<sup>19</sup>:

- 1.—Continúa la guerra en Vietnam; las relaciones entre las grandes potencias empeoraron por primera vez desde que terminó la crisis del Caribe, en otoño de 1962, debido al bombardeo sistemático del Vietnam del Norte por los americanos. Los militaristas norteamericanos insisten incluso en la necesidad de emplear armas atómicas contra la China continental.
- 2.—En cuanto a China, la política de Pekín en Vietnam sigue siendo anti-soviética. Si al comenzar el año 1965 los líderes chinos se mostraban todavía discretos respecto al conflicto con la U. R. S. S., renovaron sus actividades escisionistas después de haber decidido el nuevo liderazgo del Kremlin la consecuente puesta en práctica de la línea general leninista de los XX y XXII Congresos del P. C. U. S. El gesto clásico en este sentido fue la preparación de la segunda conferencia afro-asiática que iba a celebrarse en Argel. Los representantes chinos no se interesaban en cómo luchar juntos contra el colonialismo e imperialismo, sino en cómo impedir la participación de la Unión Soviética.

<sup>19</sup> A. PETRINA: «Bilancia roku 1965». En *Pravda*, Bratislava, del 31 de diciembre de 1965, 5.

- 3.—En la esfera ideológica, los chinos fueron acentuando sus ataques contra la U. R. S. S. Un artículo publicado en noviembre en *Renmin Ribao*, acusaba a Moscú incluso de aliarse con los Estados Unidos contra los países del bloque socialista y contra el movimiento de liberación nacional.
- 4.—Esta postura de los líderes chinos tuvo una repercusión en Asia, Africa y América Latina, donde muchos países han renunciado a sus simpatías prochinas. Buena prueba de ello es precisamente la conferencia afroasiática, que finalmente ha sido aplazada.
- 5.—A pesar de eso, el empeoramiento de la situación internacional se debe, en primer lugar, a la política de los Estados Unidos. Además de la agresión en Vietnam, Washington continúa, en 1965, con su política antirrealista y peligrosa contra la República Popular de China, que es una de las principales causas de la tensión internacional. Los Estados Unidos persisten en su actitud de no admisión de la China Popular a las Naciones Unidas.
- 6.—La política americana de represión se manifestó también en los países de América Latina—en la República Dominicana—. Prosiguen las intrigas contra Cuba.
- 7.—Washington consigue—en 1965—revivificar el eje con Bonn. Esta alianza prueba que el gobierno estadounidense abandonó los principios puestos en marcha por John F. Kennedy en su política europea de distensión.
- 8.—No solamente los Estados socialistas se oponen a esta clase de política, también Francia, una de las principales potencias del Occidente, amenaza—incluso—con abandonar la N. A. T. O. Al mismo tiempo, el gobierno francés mejora sus relaciones con la Unión Soviética y demás Estados del campo socialista.
- 9.—Otros acontecimientos: a) *negativos*: llegada al poder de la derecha militar en Indonesia, conflicto entre la India y Pakistán establecimiento de un régimen racista en Rhodesia; b) *positivos*: nuevos éxitos del movimiento de liberación nacional en Africa y América Latina.

STEFAN GLEJDURA

10.—Hechos de mayor relieve: reformas económicas en los países socialistas. A pesar de los veinte años de la postguerra era necesario emprender ciertas reformas en la estructura económica del bloque socialista. La nueva estructura es la base para el ulterior desarrollo.

Es un lenguaje claro, como también son claros los hechos. Prevalece la postura soviética, por ser más realista que la china. Señala en toda su amplitud los hechos, las aspiraciones del Kremlin, sus problemas fundamentales y define, también, su absoluta repugnancia hacia todo lo que no es pro-soviético y «prosocialista». Sólo sorprende el que la China continental continúe ignorando que los soviets la protegen hasta en contra de su voluntad...

STEFAN GLEJDURA.

# *NOTAS*

11/11/11